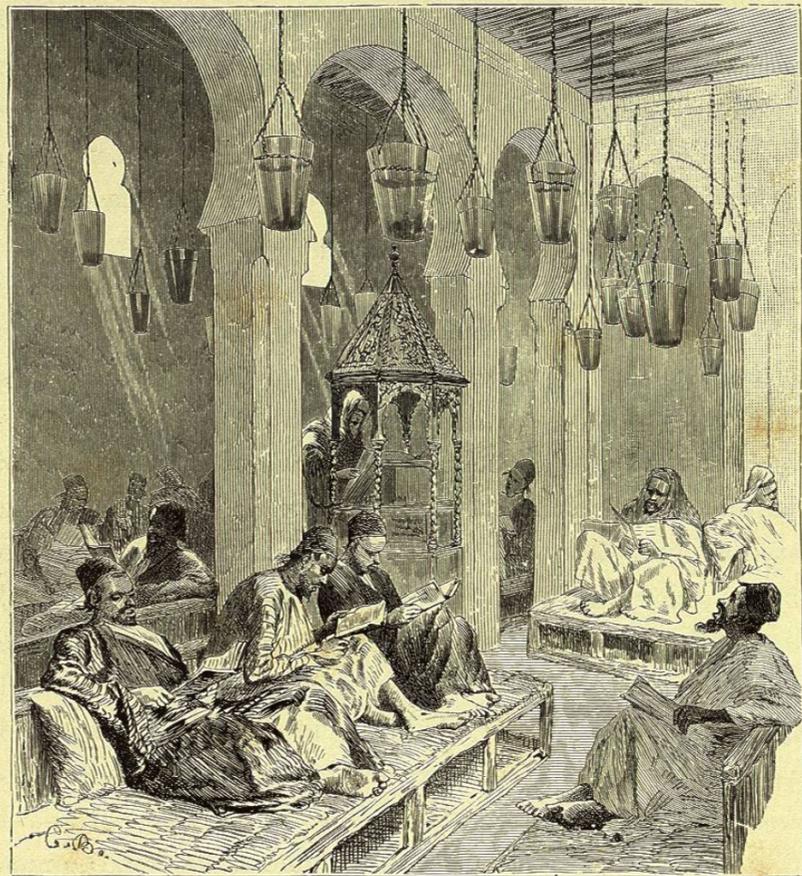


maravillado, al considerar cuánto conserva aún de su belleza y poderío; y me fijo en la viril y majestuosa grandeza de su fisonomía especial, de su traje, de sus maneras, de sus cere-

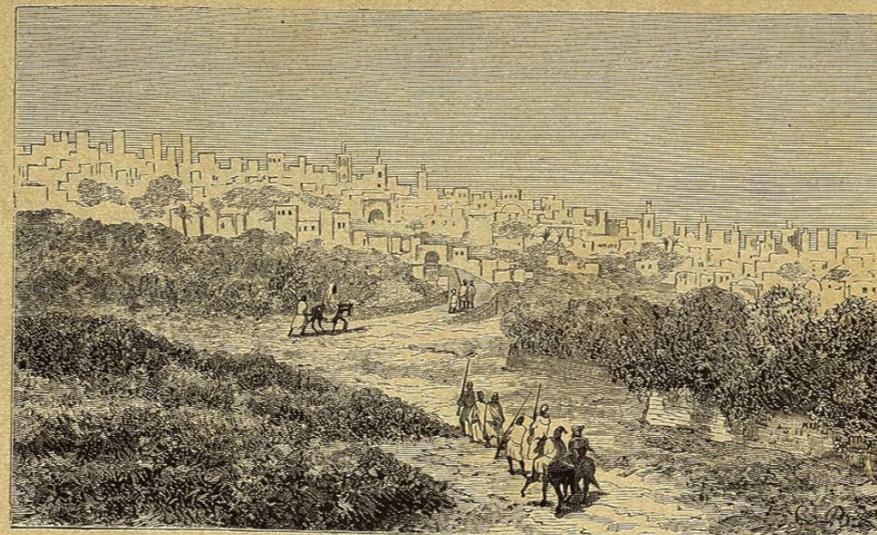


Una sinagoga en Fez

monias, de todo cuanto, en una palabra, conserva aún de antiguamente sencillo, su vida triste y silenciosa. Siento en mi interior algo semejante á desaliento cuando contemplo tanta barbarie, á tan corta distancia de la civilización, y al considerar la desproporción que existe en esa misma civilización,

entre la fuerza de elevarse y la de extenderse, ya que en tantos siglos como van transcurridos, no obstante crecer incessantemente en el centro en que se halla, no ha conseguido adelantar por este lado doscientas leguas de camino. Es el desdén el que de mí se apodera cuando considero que á los grandes intereses de la civilización de esa parte del África, anteponen los Estados civilizados de Europa sus particulares y mezquinos intereses mercantiles, y empequeñeciendo de esta suerte en el concepto de este pueblo, con el espectáculo de sus miserables rivalidades, la propia actividad y la de la cultura que pretenden representar, hacen constantemente más lenta y dificultosa la empresa común. Y finalmente, es un sentimiento de vivísimo placer el que de mí se apodera, siempre y cuando fijo la mente en que en este país me he formado en mi interior un nuevo mundo en miniatura, poblado, animado, lleno de nuevos personajes que vivirán en mi memoria cuanto dure mi existencia; cuyo recuerdo evocaré cuando se me antoje; que me entretendrá con los mismos y me parecerá vivir en Africa. Sólo que de este placentero sentimiento, brota uno triste, muy triste, el sentimiento inevitable que echa una sombra sobre todas las horas serenas, y vierte una gota de amargor en la dulcedumbre de todos los placeres... aquello que me expresó el comerciante moro para demostrarme la vanidad de este afán característico de los pueblos civilizados en estudiar, buscar y descubrir; y al llegar á semejante punto, este gratísimo viaje sólo se me antoja el paso rapidísimo de una escena encantadora, en el espectáculo de un instante, que es la vida; y el lápiz se me cae de la mano y se apodera de mí un profundo desaliento... ¡Ah! ¡la voz de Selam que me llama! ¡Marchamos pues! Se vuelve á las tiendas, á las cargas guerreras,

á las grandes llanuras, á la luz esplendente, á la alegre y hermosa vida del campamento! ¡Adiós, Fez! ¡Adiós, desaliento! Mi pequeño mundo africano vuelve á teñirse de color de rosa.



Mequinez

MEQUINEZ

DESPUÉS de veinticuatro días de vivir en la ciudad, la caravana me produjo la impresión de un espectáculo desconocido. Y sin embargo, nada había cambiado, si se prescinde de que entre nosotros, y al lado de Mohamed-Ducali, cabalgaba el moro Scellal, que no obstante haber tenido amistoso arreglo sus asuntos, juzgó por más prudente y acertado volver á Tánger bajo el amparo del embajador, que permanecer en Fez bajo el de su gobierno. Amén de esto, un observador entendido habría podido leer en nuestros rostros, si pesimista, algo semejante al despecho, si optimista, una como satisfacción, proveniente de la con-